

JOSÉ ZAMUDÍO

NOVELA HISTÓRICA Y ROMANTICISMO EN CHILE

EN 1949 PUBLICAMOS un breve estudio sobre la novela histórica chilena, en que analizamos sus orígenes y desarrollo, deteniéndonos sobre todo en el capítulo de los influjos extranjeros, para mostrar que esta planta nutrió sus muy no abundantes raíces en el modelo de la novela histórica europea, especialmente en la que se debe a Walter Scott.

Precisamente, al hablar del novelista escocés destacamos, asimismo, la gran influencia que tuvo, fuera de los novelistas franceses y de otras nacionalidades, en los novelistas españoles de la época romántica, y enumeramos algunas de las principales obras de éstos, de carácter histórico-novelesco, las cuales fueron leídas con apasionamiento por el público chileno, en especial a través de los *folletines* de los periódicos.

En aquel trabajo, el lector podrá notar, sin esfuerzo, frente a este fervor por novelas extranjeras de este género, la parquedad, por no decir la casi absoluta carencia de novelistas nacionales de temas históricos en este período que las historias literarias llaman Romanticismo chileno.

Sólo pudimos mencionar como mero intento, sin ser ni con mucho novelas, algunos cuentos de Lastarria, entre otros *El mendigo*, publicado en *El Crepúsculo* (1843), con débil trasfondo histórico, y unos relatos de Santiago Lindsay, bajo el nombre de *Escenas de la Guerra de la Independencia*, dados a luz en la *Revista de Santiago* (1848).

Solamente pasados unos pocos años, en 1852, aparece la primera novela histórica chilena, con carácter de tal, que contiene todos los defectos y virtudes de estas realizaciones mixtas. Nos referimos a *El Inquisidor Mayor*, de Manuel Bilbao, que describe escenas de la vida colonial de la ciudad de Lima. Ricardo A. Latcham dice

que en esta novela "palpita el entusiasmo romántico de una pluma influida por el antijesuitismo de Eugenio Sue y de otros folletinistas".

Con esta obra, en fin, podemos decir rotundamente que se detiene nuestra novela histórica del romanticismo. En aquel mismo trabajo nuestro, agregábamos:

El Inquisidor Mayor, por la escasa difusión que tuvo en la patria del autor, representa un hecho aislado, sin eco ni influencia aparente en la novelesca chilena, que debería subsistir huérfana todavía, un tiempo más, de obras que la representasen dignamente, hasta no aparecer las primeras producciones novelescas del que sería nuestro primer novelista auténticamente nacional, quizás no sobrepasado hasta ahora por la potencia narrativa y el esfuerzo creador. Hemos nombrado a Alberto Blest Gana.

Sin embargo, *Durante la Reconquista*, de este autor, no puede ser considerada dentro del panorama romántico chileno. Aunque concebida en los años jóvenes del autor, ella fue dada a luz en los postreros años del siglo XIX. A lo más puede considerarse como el fruto tardío de la novela romántica nacional.

¿Qué ocurrió para que se produjera tal escasez de novelas históricas chilenas en un período en que esta especie se derramaba a raudales en otros países? Como se ha dicho, los modelos extranjeros no faltaban, y el público lector exigía continuamente esta clase de lecturas. De ahí el auge que adquirió la sección de *folletines*, que nació precisamente por esta época con tal género de producciones, de lo cual dimos varios detalles en nuestro trabajo anterior.

No faltó tampoco, como pudiera creerse, el llamado, aunque débil, a escribir novelas con temas inspirados en la historia patria. Tal se puede colegir del conocido discurso de Lastarria en la Sociedad Literaria, piedra de toque del movimiento literario de 1842, cuando dice estas palabras: "Escribid para el pueblo, ilustradlo, combatiendo sus vicios y fomentando sus virtudes, recordándole sus hechos heroicos..."

Como ya se ha visto, el mismo autor de *La América* escribió algunos relatos en que se mezcla a la trama principal algún fondo de carácter histórico y heroico.

Pocos años más tarde, siguiendo con esta misma clase de estímulo, el autor de la que se ha considerado la mejor novela histórica chilena, Alberto Blest Gana, ponía más explícitamente las siguientes expresiones en su discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades, leído en la sesión del 3 de enero de 1861:

Al manifestar predilección por la novela de costumbres, estamos muy lejos de atribuir menos mérito a la histórica y de creer que su cultivo sea en Chile de menos utilidad social y literaria. No somos de los que juzgan a nuestra historia tan destituida de animación que el novelista no pueda encontrar en ella abundantes materiales propios para bordar sobre ellos agradables ficciones. Sin remontarnos al eterno batallar de la conquista, encontramos en los fastos de la guerra de la independencia, variadas e interesantes peripecias, heroicas acciones, escenas animadas, que el novelista puede combinar con felicidad para la ejecución de amenísimas novelas, y hacemos votos por que de esta veidada se penetren muchos que malbaratan sus fuerzas en obras fugaces, cuando en este terreno podrían, con aplicación y estudio, captarse el aprecio de los inteligentes.

A pesar de estas sabias palabras, el romanticismo chileno quedó huérfano de novelas históricas, cuando el material como el señalado por Blest Gana no escaseaba y cuando, aún más, se olía en el ambiente un despertar literario que estimulaba a los jóvenes ingenios a componer obras de este género.

En nuestro trabajo primero sobre esta materia adelantamos la conjetura de que este casi nulo cultivo de la novela histórica por parte de nuestros escritores en esa época, podría deberse a aquella inundación, que mencionamos más atrás, de literatura histórica novelesca extranjera, que en vez de estimular la minerva de los escritores nacionales los embotó en demasía y les quitó las fuerzas propias. Quizás algo de esto habrá seguramente.

Sin embargo, volviendo a pensar sobre el desarrollo de la novela chilena, en especial las de carácter histórico, se nos ocurre que bajo aquel fenómeno de inhibición literaria, hay alguna otra causa más profunda. A título previo, como una tesis nuestra y que esperamos desarrollar con el tiempo en otro trabajo sobre las ideas literarias en Chile, adelantaremos algo que parecerá paradójal, pero que bien meditado no lo es. Nuestra tesis es la siguiente: el llamado romanticismo chileno fue esencialmente un movimiento antirromántico. Todos los escritores de nuestra primera hora romántica —según la terminología *ad usum*— hicieron lo posible para no parecer románticos; se rieron de esta fiebre, tal el caso de Jotabeche. Recuérdese, asimismo, la polémica de Sanfuentes en *El Semanario de Santiago*, con los emigrados argentinos, en que llama, entre otras cosas, al romanticismo, “desenfreno de las imaginaciones”. Aun el mismo Sarmiento, en sus polémicas con los redactores del periódico citado, no se muestra partidario decidido de las ideas románticas, y más bien aboga por lo que llama literatura de carácter “socialista”. En una importantísima carta a Lastarria dice el escritor argentino algo concluyente:

He entrado a combatir el artículo *Romanticismo* [de Salvador Sanfuentes] no por la cuestión literaria, sino por lo que a mi reputación, que quieren ajar, va en ello. (*Recuerdos literarios* de Lastarria, edic. 1912, p. 190.)

La posición de Lastarria en este debate fue un poco ambigua. Estuvo en uno y otro bando. En sus *Recuerdos*, ya citados, define muy bien esta timidez para proclamarse lisa y llanamente partidario de la nueva escuela romántica: "A decir verdad, ni el que esto escribe, ni los argentinos habíamos invocado, ni proclamado, como escuela nuestra, el romanticismo: tomábamos de éste la base de la libertad, para afirmar la independencia del espíritu", etc. (pág. 180).

Con todo, Lastarria en su discurso citado de 1842 lanza las siguientes expresiones que parecen propender abiertamente a las ideas nuevas venidas de Francia, llámense Romanticismo, en contraposición a las del clasicismo:

La Francia ha levantado la enseña de la rebelión literaria, ella ha emancipado su literatura de las rigurosas y mezquinas reglas que antes se miraban como inalterables y sagradas; le ha dado por divisa la verdad y le ha señalado a la naturaleza humana como el oráculo que debe consultar para sus decisiones: en esto se merece nuestra imitación. Fundemos, pues, nuestra literatura naciente en la independencia, en la libertad del genio, despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo, sus dictados son las más veces propios para encadenar el entendimiento, sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza.

Esto es pura y simplemente un grito romántico, que se quedó sólo ahí, sin eco ni respuesta de ningún novelista; nadie quiso hacer volar su fantasía, ni menos por épocas alejadas del tiempo presente, como se le habría exigido a un novelista histórico.

A lo más se dio en el llamado romanticismo chileno el gusto ecléctico, una lucha entre ideales del clasicismo y del romanticismo. Este fenómeno se puede palpar con más relieve, por la misma época, en España (Cf. E. Allison Peers, *Historia del movimiento romántico español*. Madrid, 1954, II, p. 117 y ss.). En Chile se puede auscultar la misma resonancia, más debilitada por supuesto, aunque Lastarria le quite todo color de debate de principios de escuela y la vea como "un reflejo ardiente de los celillos de nacionalidad que había sublevado la discusión literaria promovida por nuestro discurso" (*Recuerdos*, p. 192).

Derivación de esta lucha entre ambos conceptos en la "aplicación práctica a la literatura creadora", fue en Chile, como en España, el cultivo con mayor intensidad de la prosa costumbrista. El fenómeno

anotado por Allison Peers se puede aplicar, también, a nuestro país, casi en forma idéntica:

En este género —dice el crítico citado— el eclecticismo se desarrolló después que en todos los demás, en parte porque la novelística se encontraba en estado tan precario que los que preferían la observación a la imaginación recalaban fácilmente en el costumbrismo, pero en parte también a causa de la extendida popularidad de las novelas románticas extranjeras. (O. cit., II, p. 243.)

Esto último, también nosotros lo habíamos notado para la novela chilena: la demasía, repetimos, de novelas históricas extranjeras cortó los alientos de nuestros propios incipientes novelistas.

Volviendo, en fin, a la especialidad costumbrista, cualquiera que observe el desarrollo de nuestra novela podrá notar sin esfuerzo este fenómeno: la preponderancia de la novela de costumbre sobre las de otra especie, en especial la novela histórica. No sólo se trata de un fenómeno de cantidad, sino que más aún de calidad. Muy pocas son nuestras novelas históricas que merecen salvarse del olvido. Numerosas se integran en los folletines de mala ley y en los novelones, plaga que cundió no sólo en Chile, sino que también en muchos otros países hispanoamericanos.

¿Será esto, también, una consecuencia de aquella lucha aun no bien definida entre ideales románticos y clásicos que se originó en la primera mitad del siglo XIX de nuestra literatura?